

Con la salida de este número, la Revista *Bioética* cumple diez años de circulación. Fue, en efecto, en enero del año jubilar 2000 cuando, recogiendo el legado de la desaparecida *Ethos* (primera publicación cubana de Bioética), vio la luz el primer número de *Anales del Centro Juan Pablo II*, nombre con el que apareció originalmente y que fue cambiado por el actual dos años más tarde. En su primer editorial, afirmábamos que *...asomados a un tiempo nuevo, apasionante y desafiante, plagado de problemas a los que urge buscar respuestas serias y oportunas, sale a la luz esta revista, que tratará, en cualquier caso, de estimular al hombre que vivirá en la posmodernidad a ser protagonista de su propia historia*. Ese ha sido el espíritu que ha presidido nuestra actividad desde entonces y a él nos hemos mantenido fieles.

Mucha agua ha corrido por debajo de los puentes desde entonces y, en ese lapso, esta publicación ha ido ganándose un espacio en el ámbito bioético del país, contribuyendo a su desarrollo, como medio indispensable para la divulgación del pensamiento de nuestros bioeticistas, propiciando un diálogo a nivel de valores (especialmente de *los que han conformado y conforman en la actualidad nuestra cultura cubana*, como se afirmaba en aquel primer editorial), con la mira puesta en el logro de un consenso, que permita el surgimiento de una escuela cubana de esta disciplina, en la cual tengan cabida todos los que de forma constructiva deseen trabajar por un mundo mejor —que no sólo es posible, sino imprescindible— y que acoja y respete la diversidad de criterios, teniendo siempre como centro el respeto a la vida humana y a la dignidad de la persona, en todas las fases de su desarrollo, desde el instante de la concepción gametocítica hasta su fin natural.

El avance de la ciencia y la tecnología ha continuado acelerándose a lo largo de esta primera década del siglo XXI; sin embargo, la ética y la moral parecen ir quedando cada vez más a la zaga de ese impetuoso desarrollo. Nuevos retos aparecen constantemente y a ellos hay que dar respuestas adecuadas. Porque el deterioro del medio ambiente y las implicaciones del cambio climático sobre toda la biosfera y sobre la propia salud humana —desastres naturales incluidos—, también se han incrementado de forma alarmante en estos dos lustros; y recientes hechos, de sobra conocidos, hacen pensar que aún no existe una clara conciencia global acerca de estos acuciantes problemas, incluso —¿sobre todo?— entre aquellos que tienen poder para la toma de decisiones, dificultando el logro de un consenso también en este sentido. Estos temas, por su enorme importancia, son abordados en los tres primeros artículos ofrecidos al criterio de los lectores en este número.

Sin embargo, son muchos más los problemas del mundo que se han ido incrementando en los años transcurridos desde nuestra aparición como publicación: Es cierto que algunos países, tradicionalmente considerados como “tercermundistas” (Brasil, China, India, República Sudafricana), han emergido como economías cada vez más pujantes y que otros (al menos a nivel macro) parecen estar superando muchas de las dificultades económicas que marcaron su historia en el último cuarto del siglo XX. Pero, al margen

de que ese desarrollo sea verdaderamente sostenible, para muchos otros, la brecha que les separa del “Primer Mundo” se agranda cada vez más y la miseria continúa arrebatando millones de vidas en África, Asia y América Latina, tanto en situación de aparente paz (Haití, incluso antes del terremoto), de conflictos interétnicos (Sudán) o de guerra declarada (Afganistán, Irak). A propósito, cuando nuestro primer número vio la luz, todavía no habían caído las Torres Gemelas ni se había producido el atentado terrorista en la estación de Atocha, en Madrid, para sólo citar dos ejemplos. Y es que no puede haber sociedad justa y equitativa donde no haya moral ni ética; esa es la esencia de todos los problemas de nuestra sociedad, ahora llamada posmoderna; pero siempre lo fue, sea cual sea el nombre que se le diera a la formación social en una época determinada de la Historia.

En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino de la humanidad, decía, en fecha ya tan relativamente lejana como los mediados de la década de los años 60 del pasado siglo, la Constitución *Gaudium et spes* (Gozo y esperanzas) del Concilio Vaticano II¹. Por eso, la respuesta a los acuciantes problemas del mundo, tiene que ser antropológica; es decir, que tenga como centro a la persona (“medida de todas las cosas”, para Protágoras), digna en sí misma, necesitada de la relación constructiva con sus semejantes y con el entorno, dinámica y activa y poseedora de una libertad interior que, bien usada, le permite construir su vida presente sin menoscabar la de sus semejantes ni el destino de las generaciones futuras. La persona humana no es, para nosotros, una idea, un concepto ni una abstracción; es un ser único e irrepetible, fundamento, soporte y centro unificador, más real y consistente que cualquier otra realidad circundante. No se es persona porque nuestras acciones sean humanas, sino al contrario: nuestras acciones son humanas porque somos personas; por eso, cuando nuestras acciones son inhumanas, estamos pisoteando, antes que todo, nuestra propia dignidad inmanente. Y por eso, todo intento de orientación existencial (de nuestras acciones aisladas y de toda nuestra vida), debe ser formulado en términos éticos, para que sea verdaderamente coherente con nuestra naturaleza. *Se puede pensar, con toda razón* —ha dicho también el documento antes citado—, *que el destino de la humanidad está en manos de quienes sepan dar, a las generaciones venideras, razones para vivir y razones para esperar*². Demos, pues, a nuestros niños, adolescentes y jóvenes, razones para vivir y esperanzas en el futuro; y entonces podremos decir que hemos contribuido a hacer posible, con amor y verdad, a un mundo mejor. Ese es el principio que alienta a nuestra institución y a nuestra publicación y en ese sentido hemos trabajado y continuaremos haciéndolo.

Que así sea.

¹ Const. Past. *Gaudium et spes*, 4, Concilio Vaticano II.

² Const. Past. *Gaudium et spes*, 31, Concilio Vaticano II.